

LOS NUEVOS CAUDILLOS

Víctor Meza

No provienen de la política sino del mundo de la delincuencia. No fundan su liderazgo sobre los viejos vínculos de la política partidaria con las tradiciones familiares, ni, por supuesto, sobre la pertenencia orgánica a tal o cual agrupación política. Su hegemonía deriva de otras fuentes y está más relacionada con el innegable poder del dinero que con la afiliación orgánica a determinado partido político. Son los nuevos caudillos, los amos y señores de las redes delincuenciales del crimen organizado, son los capos rurales, dueños incuestionables de vidas y haciendas en muchas comunidades rurales y algunas urbanas o semiurbanas de nuestro país.

Son una plaga y, como tal, sus redes y tentáculos se extienden gradualmente por todo el territorio nacional, generando microcosmos delictivos, pequeñas narcoeconomías locales, fuentes de empleo entre los vecinos y, por supuesto, corrientes interminables de dinero sucio que compran amistades, doblegan voluntades y terminan, finalmente, imponiendo el reino de la obediencia cómplice y el terror generalizado en las comunidades.

Sus nombres son conocidos y sus actuaciones ampliamente publicitadas. La Policía lo sabe pero no hace nada o hace muy poco para combatirlos. A veces, con sospechosa frecuencia, los jefes regionales y los agentes locales de los diferentes órganos operadores de justicia prefieren el silencio sumiso o la indiferencia calculada, cuando no la colaboración cómplice con estos nuevos caudillos. La ambición y el miedo suelen caminar de la mano en estos extraviados senderos de la patria.

El reciente crimen de una reina de belleza y su hermana en una comunidad de Santa Bárbara, ha vuelto a poner en el ojo del huracán la presencia de estos señores caudillos, reyezuelos implacables en los espacios de la campiña hondureña. Se mueven en un espacio de cómoda impunidad, amedrentan a los vecinos insumisos, raptan o seducen a las muchachas del pueblo, amenazan a los padres que se rebelan y, si es preciso, ejecutan y eliminan a los que se les oponen o denuncian. Poco a poco, con su creciente poder económico, y generalmente también poder armado, van ampliando sus propiedades, apoderándose de aquellas que atraen su atención y, como diría Medardo Mejía en su célebre poema "Canción de Victoria López", con "aquella crudeza indomeñable, que en caballo guerrero asaltaba vecinos, multiplicando haciendas..."

Son los nuevos caudillos. Hombres – y mujeres a veces - generalmente incultos, atolondrados con la euforia ridícula de los nuevos ricos, ebrios de poder y lujuria, imitadores provincianos de los capos que aparecen retocados en los canales de televisión. Pero, sus aspectos folclóricos se quedan ahí. El peligro real que representan es cuando cruzan el límite y desafían al Estado o empiezan a llenar sus vacíos institucionales con estructuras propias y una telaraña de relaciones y servidumbres que asombran y espantan. O cuando cooptan las instancias estatales llamadas a garantizar la seguridad pública y la impartición pronta e independiente de la justicia.

Es entonces cuando estos caudillos de nuevo tipo, impuestos por el poder seductor del dinero o por la fuerza de la violencia armada, incursionan en el terreno de la política y disputan sus esferas de influencia a los caudillos de viejo tipo, los que provienen de las antiguas lealtades partidarias. Rivalizan entonces con los diputados locales, con los dirigentes regionales de los viejos partidos tradicionales, con sus alcaldes y regidores. O simplemente los convierten en sus aliados y socios, en sus nuevos cómplices políticos. Este es el momento en que el capo local empieza a dar sus primeros pasos en el terreno movedizo de la política criolla, auxiliado por las generosas contribuciones que aporta a las campañas de los líderes locales y reverenciado por una corte de lambiscones y criminales atraídos por el aroma acariciante del dinero en abundancia.

Estos son los nuevos personajes que están poblando el paisaje político de la sociedad hondureña. Es hora de salirles al paso y ponerlos en donde deben estar, tras las rejas, sometidos, reducidos a la indefensión de los delincuentes prisioneros. Después, puede ya ser demasiado tarde...